

ct

# La cabeza que me mira

de  
Albert Tola

colaboración dramática de  
Rodrigo García Olza

*(fragmento en castellano)*

No siempre fui sólo una cabeza. Antes era un camello completo. Por el tamaño de mi cabeza deducirás que nunca tuve un cuerpo grande. Sin embargo, era un cuerpo. No importa qué cuerpo, al menos era un cuerpo. Harás bien en valorar que tienes un cuerpo. Aunque no te guste especialmente o prefirieras otro, al menos es un cuerpo. Aunque estés enfermo o estés a régimen porque te hayas pasado la vida comiendo demasiado. No es lo mismo tener un cuerpo que no tenerlo. En eso me parezco a Dios: ninguno de los dos tenemos cuerpo. O al menos aparentemente. O nuestro cuerpo es el mundo, quizás. Sin embargo, a pesar de no tener un cuerpo, resulta que puedo pensar. De alguna manera, pienso. No, no te preocupes: puedes hacerme una foto. Ya no me importa. Estoy acostumbrada a los flashes. Puedes ponerte al lado, colocar los dedos en señal de victoria, y hacerte la foto junto a la cabeza colgando del camello. En comparación conmigo, siempre ganas. Es toda una ventaja para el bien común: cualquiera es triunfante junto a la cabeza de un camello colgada de un gancho en una carnicería del mercado. No infravaloro esta cualidad mía reconfortante para los demás: ¡es bueno ser consciente de las propias virtudes, no sólo de los defectos! A mí me puedes fotografiar, pero a Dios es otro asunto. Aunque, de hecho, es a él a quién los turistas intentáis fotografiar con avidez. Cuando apartáis a la gente para fotografiar el vasto y blanco patio interior de la universidad, es a Dios a quién queréis fotografiar. Cuando corréis hasta el mihrab de la medraza y dais codazos por hacer la fotografía y sólo lo contempláis desde el ángulo de su cámara es al altísimo al que buscáis retener. Lo fotografiáis a cada instante sin saberlo, en cada selfie, todo el rato, y, sin embargo: no lo veis. Por eso seguís haciendo fotos sin parar. Sentís la desesperación por captar el mundo con vuestra cámara sin conocer lo que hay detrás. No hacéis otra cosa que captarlo, pero no os dais cuenta. Los turistas sois casi siempre despiadados, es una pena... ¡se está perdiendo el noble arte del viaje! Y cuando me fotografiáis a mí colgada del gancho, en todo caso creéis que fotografiáis la ausencia de Dios: un indicio del mal, del mal cotidiano, por supuesto. Pero incluso al fotografiarme a mí, le captáis. Eso es difícil de entender, ya me hago cargo. Y la cabeza de un camello colgada de un gancho tampoco tiene demasiada autoridad, también me hago a la idea, no os preocupéis. Mis amores, no es fácil entrever el sentido de tenerme colgada de un gancho. A lo mejor tenéis razón y eso no tenga sentido tampoco. O quizás el sinsentido aislado forme parte de un sentido mayor. Las paradojas flotan en la infinita luz del misterio, qué se le va a hacer. Siempre os quedará el consuelo de que podéis fotografiarlas. Adelante. Aquí están las paradojas. Servíos. Están a un clic. Disculpa que te hable de este modo: realmente estoy colgada de un gancho en una carnicería. Eso me conduce a hablar desde cierta altura. ¿De verdad te interesa la historia de cómo llegué hasta este gancho? ¡Malditas moscas! ¿Sabes?, no es fácil estar colgada de un gancho, ni aquí, ni en ninguna parte. Tampoco creo que sea fácil estar colgada de un gancho en Europa. Eso sí: para estar colgada de un gancho en Europa yo no debería ser un camello, no hay camellos en Europa, ni uno, salvo en el zoo, quizás, bueno, es lo que hay, tampoco puede haber camellos por todas partes. Aunque he oído decir que más al norte lo que se descuelga de los ganchos son cochinitos. El cochinito es servido entero en la mesa, con la cabeza y todo. A menudo, lo sirven con la boca abierta, mordiendo una manzana. Para demostrar que la carne es tierna y está bien cocinada, lo cortan sólo con un plato. Más al norte todavía, por lo visto también se come la cabeza del cordero. Sea donde sea, no es lo mismo estar colgado de un gancho en una carnicería que no estarlo. Claro que quién nunca ha estado colgado de un gancho en una carnicería es difícil que se haga a la idea de lo que es estar colgado de un gancho en una carnicería: la empatía tiene un límite y ese límite es la punta del gancho. Mi gancho está agarrado a la parte blanda del cerebro (nadie me ha extirpado el cerebro todavía). Pero no fue un descuido, para nada: el carnicero lo clavó ahí por

no destrozar mi cráneo. ¡Todavía tiene un valor en este mundo la mítica memoria del camello! Bueno, es normal: no cualquiera recuerda las rutas por el desierto. No todo el mundo encuentra dentro de sí ese nivel de lealtad a quién convivió con él. Aunque, por otro lado, a la gente le gusta tener la cabeza entera en la mesa, y a los turistas, en las fotos. El carnicero piensa que el cerebro ya no me sirve y no le falta razón: ¿de qué sirve tener tu memoria colgada de un gancho? No pocos confunden un camello con un dromedario. Un camello tiene dos jorobas, mientras que un dromedario sólo tiene una. Jorobados están ambos, pero a lo que en general se le llama camello suelen ser un dromedario. Es lo que hay aquí. Claro que aquí colgada de este gancho no me resulta fácil ilustrar con ejemplos. Te lo juro: yo sólo tenía una joroba. ¿Una joroba o dos? ¿Dromedario o camello? ¿Camello o cabeza de camello? Que yo ahora sea la cabeza de un camello en lugar de un camello me genera un problema de género. No sé cómo referirme a mí. La vida es insospechada y trae consigo problemas que no imaginaste: jamás pensé que estar colgado o colgada de un gancho me generaría un problema de identidad. ¿Pero cómo no me lo va a generar si la identidad está relacionada con el cuerpo? Eso nadie me lo podrá quitar jamás, soy único o única: mi género depende de si me consideras un camello descabezado o la cabeza de un camello. Jamás hubieras dicho que el universo puede girar alrededor de la cabeza de un camello. Que la cabeza de un camello pueda ser el punto ciego de Fez. ¿La cabeza, el sol de la ciudad? ¿O la luna en la que este se refleja? Soy una cabeza de camello filosófica: ya ves cómo me esfuerzo. De todos modos, por muy filosófica que te parezca, la cabeza del camello suele ser cocinada, normalmente después de la joroba. La joroba se cocina siempre; la cabeza, no necesariamente. La cabeza del camello tiene un punto dulce, es bastante suave, carece de grasa, es deliciosa; sin embargo, si se cocina demasiado tarde puede fácilmente oler a pescado. Entonces, debe ser descartada de cualquier mesa que se precie, a riesgo de indigestar. Cómo puedes comprobar, esta cabeza mía todavía no huele a pescado. No hace mucho que me han cercenado. De ahí que no se me hayan quitado todavía las ganas de hablar. Todavía estoy cerca de la vida: asistes a la perorata inoportuna de una cabeza acostumbrada a tener un cuerpo. El trauma de estar en el aire genera verborrea. ¿Será por el vértigo que provoca el hueco alrededor y, por debajo, ese temblor de quedarme sin palabras tras quedarme sin cuerpo, por ese abismo de decir lo que queda por decir antes de que pase demasiado tiempo, por ese acantilado frente al silencio anterior al silencio definitivo, por esa suspicacia callada de no tener un cuerpo con el que restregarme para ahuyentar las moscas de los ojos? Antes que sus ojos vi su cámara. Se diría un monstruo tecnológico que se acercaba. Por la ropa deduje que ya le había visto de espaldas. Una y otra vez vuelve a la cabeza del camello, como si hubiera algo que entender. ¿Pero qué hay para entender en la cabeza cortada de un camello lista para ser cocinada? Es como si él pensara que el laberinto se ordena de nuevo a partir de este punto: la cabeza del camello. Del mismo modo que hay puertas de entrada al laberinto hay puntos de entrada a la comprensión de este, y por el momento le son vetadas. ¿Qué contaría la cabeza del camello si pudiera hablar?, piensa. ¿Cuál sería su punto de vista sobre la ciudad? ¿Cuál es la piedrecita del mosaico que falta? ¿Hay un punto ciego en la ciudad? No sabe por qué, pero él tiene ahora que recorrer a solas este lugar. Necesita saber dónde está. Dónde ha decidido meterse. Dónde ha dispuesto quedarse, y por qué y para qué. De repente en lugar de la cabeza del camello ve otra cabeza colgando del gancho, una cabeza del pasado, cuyo flequillo le impide ver el horrendo rostro gris. No quiere ver el rostro del pasado colgado en el gancho del camello. No olvides lo que nos pasó, le parece escuchar qué dice esa cabeza. La cabeza que él ve en lugar de la mía. ¿Pero quién ve esa cabeza realmente? ¿Pertenece esa cabeza a la memoria de la ciudad? ¿Por qué vislumbra la cabeza si no tiene nada que ver con ella? Junto a la carnicería hay una tienda de lámparas doradas. Enormes lámparas doradas en forma de llama se entremezclan en su campo visual con el cableado eléctrico y el techo de uralita raído. El oro de los Merinidas, piensa él también, no sin ironía. ¿O bien esa cabeza está dentro de la cabeza del

fotógrafo? ¿A quién hemos dejado de ver para siempre, después de amarlo tanto? Se acuerda de su primera esposa. Se casó muy joven, demasiado. No la reconoce del todo en la cabeza... ¿No será ella? Aunque la cabeza se parece un poco a él (él y su esposa se parecían un poco). Jamás encontró la fuerza de pedirle disculpas por su egoísmo. Ella se cansó de él, de que fuera siempre a la suya. A su vez, la cabeza le recuerda a una amiga a quién ya no frecuenta. Por momentos se parece a un amigo que murió. Contiene rasgos de sus abuelos, en quienes piensa casi todos los días desde que ya no están. Algunas de esas cabezas son errores sin remedio. Otras han sido cortadas sin que pudiera hacer nada. ¿Por qué afloran ahora todos esos recuerdos? Después, mira atrás, al sendero que ha recorrido y dice para sí: ningún coche entra aquí. Todo tiene que ser transportado a mano, como en los tiempos antiguos. Este lugar escapa a la lógica del mundo de hoy, ningún vehículo cruza el espejo de la puerta azul. No sé si quedan muchos más lugares como este, piensa mientras posa de nuevo la mirada en mí. Si tuviera que escribir para compensar el dolor del planeta, no podría detenerme jamás, la mano me dolería atrocemente, piensa y piensa. Pero ¿quién leería todas esas palabras compensatorias? ¿De dónde sacaría las fuerzas para hacerlo sin que le sangraran los ojos? Una y otra vez vuelve a mí. A veces me fotografía. Otras, sólo me mira. Cuando baja la cámara, veo en sus ojos que no sabe qué le ha traído hasta esta ciudad. Hace años yo también tenía unos ojos así, hay miel en su mirada, miel y algo de desconcierto. Todavía no puedo ver su rostro entero, la cámara es una especie de máscara. Sin embargo, lo descubro en sus ojos: él posee un pasaporte capaz de dejarle entrar en cualquier ciudad del mundo. Creo que no hay nada más opuesto a mi gancho que su pasaporte. De entre todas tus posibilidades, ¿por qué has elegido esta ciudad? ¿Qué te dice este sitio? Me miras como un ser mitológico sin darte cuenta de que el ser mitológico aquí no eres otro que tú. Un ser capaz de fijar lo que ve con su único ojo de cristal. Un iris obsesivo que fija en lugar de gritar. Pobrecito, con tu solo ojo captas tan poca luz que has tenido que venir hasta aquí. Yo tendré sólo una joroba, pero tú sólo tienes un ojo. Y una joroba sirve más para sobrevivir que un ojo, dicho sea de paso. Sobre todo, si el ojo es de cristal: eso no vale nada, se puede romper en cualquier momento. Hay ratos en que me quedo dormido. O dormida: no olvides el problema del camello y el género. Cuando me duermo, sueño con cucarachas. ¡Malditas cucarachas! Una vez treparon por mi cara inmóvil, pero eso espanta a la clientela. El día entero se lo pasa matándolas el carnicero. Creo que las almitas de las cucarachas, cuando ya no saben a dónde ir, trepan dentro de mis sueños. En aquella época en que tenía un cuerpo, nunca me dormía andando. Si andas y tienes un cuerpo, vives entretenido. En cambio, lo único que puede hacer una cabeza en una carnicería es desesperar hasta que la cocinen. No debo dormirme. Debo dominar el cansancio. Si me duermo, perderemos el contacto visual. Al caminar por el desierto era capaz de resistir despierto por muchas horas porque tenía una finalidad, un pueblo a donde llegar. No es lo mismo tener una finalidad que no tenerla. No es lo mismo tener un lugar a dónde ir que no tenerlo. Mi única joroba era mi mejor aliada. Llena de grasa, una joroba ayuda a ser paciente y a resistir grandes desertizaciones. Tampoco es lo mismo haber sido siempre un desierto que estar desertizado. Creo que el del ojo de cristal eso también lo intuye, aunque no creo que jamás se haya desertizado del todo, la verdad, del mismo modo que no creo que a nadie de su familia le hayan colgado la cabeza de ninguna parte. ¡Malditos prejuicios! ¿No se acaban nunca? Nunca se sabe cómo son las cosas realmente: cada uno carga con su gancho. El sol, enmarcado por los techos de uralita, se vuelve un rectángulo brillante en la pared frente a mí. Entonces le veo otra vez, merodeando por las callejas angostas, recogiendo sus pasos. Camina lo que ya anduvo, insiste en un círculo errático. ¡Bravo!, ahora no lleva el ojo de cristal... Supongo que quiere caminar libremente, sin tomar fotografías, sin cargar con la responsabilidad de tener que fijar ningún instante. Caminar como si estuviera en casa, cuando veía cómo otros fotografiaban su ciudad en lugar de mirarla. A fuerza de tanto fotografiarla, acabaron por robarle el alma a la ciudad. Pasa con muchas: siempre hay una

ciudad más al sur a la que robarle el alma. Le reconozco por la ropa. Hasta ahora, era un turista sin cabeza. Al fin puedo ver su rostro entero. Al mediodía me doy cuenta: en realidad es un joven a la búsqueda de qué hacer con su gracia. Ha leído libros que no le han servido de nada. Tiene miedo, o eso cree. En realidad, el problema es que no tiene miedo en absoluto. Lo sorprendente en él, aquello que genera cierta inevitable envidia, es que siempre ha vivido como habitual la sensación de estar cumpliendo, sin demasiado interferencia, su destino.